

CENIZAS

Hoy Clara ha salido muy triste de su casa, arrastrando los pies y mirando al suelo, Diego ha dejado caer sus libros a plomo en su pupitre, Nerea mira a un punto fijo, borroso por momentos hasta que seca sus lágrimas, Lucca se queda en un rincón, él no entiende de segundas intenciones, ni de ironías ni sarcasmos, él no entiende porque ahora su pueblo huele a humo, porque han desaparecido casas y por qué el pueblo huele a tristeza, llamas y desconfianza.

Javier entra por la puerta, se ha bañado tres veces todos los días, se ha comprado ropa nueva, se ha perfumado, pero todavía huele a fuego, no consigue quitarse de encima ese olor fatídico, que ha dejado su entorno calcinado, sus recuerdos, sus vivencias y que ha destruido el hogar y el trabajo de sus vecinos.

Hoy Javier tiene un trabajo difícil, tiene que convencer a los niños de que hay que mirar hacia adelante, de ser positivo. Cuando la puerta se abre y entra Luna, todos los niños la miran, su madre la lleva hasta su sitio. Retira a un lado la silla innecesaria y deja a su hija abatida frente a su mesa. Es la niña que más ha perdido de todos, sus piernas. Nadie habla. Su madre mira al profesor, éste la mira a ella y se vuelve a cerrar la puerta.

Por la noche, el profesor corrige las redacciones de sus alumnos de antes del incendio, unos quieren ser ingenieros, otros viajar a otros países, tener mascotas... son las ilusiones de los niños. Mira la redacción de Luna, moja el papel, la rabia le inunda, grita y piensa y duerme y mientras duerme, piensa.

El siguiente trimestre, Javier está obsesionado con Luna, en conseguir que su ilusión se cumpla, lee libros, investiga en internet, hace llamadas, visita tiendas, habla con gente. Le cuenta su objetivo a la pequeña, ella no quiere, sus padres tampoco, es una locura. Pero poco a poco se va dejando convencer, se va animando y va consiguiendo logros.

Una mañana de domingo, cuando ya está recuperada, animada y dispuesta comienza un camino ascendente con Javier. Es duro, muy duro, cuesta lágrimas, cansancio, descansos, atisbos de rendición... pero su profesor no la deja caer.

Luna pone la última mano, ahora sólo puede mirar hacia abajo, está en lo alto, en la cima de la montaña, lo ha conseguido. Se abraza a su profesor, que le ha acompañado durante todo el trayecto y oye aplausos y vítores a su alrededor. Son Lucca, Clara, Nerea, Diego, que han subido a esperarla, que han dejado que suba sola para demostrarle que puede lograrlo. Pero bajan juntos, porque la unión de todos les hace ser más fuertes.

Y todos juntos, los niños, sus padres, el profesor... levantan el pueblo de nuevo, los árboles empiezan a crecer, las casas se elevan, los colores resurgen en el pueblo. Poco a poco, deja de oler a ceniza y fuego; ahora huele a romero, a tierra mojada, a chopos, a lluvia, a esperanza.

Una tarde cualquiera, Luna le pregunta a su profesor que por qué eligió en su redacción la ilusión más difícil de cumplir, por qué no eligió de entre otras de su

lista, la de tocar el violín o ser profesora. Javier le sonríe. Eso, Luna, no hubiera conseguido levantar a un pueblo.